

## UNOS ASPECTOS MÈNOS CONOCIDOS DEL “ AMADIS ”

El que entra en la selva intrincada del *Amadis de Gaula* y sabe orientarse en este tipo de narración, pronto descubrirá senderos que le guían hacia unas metas determinadas aun cuando a veces se ve alejado de ellos o más bien despistado. Es decir, la contextura del *Amadis* desde el principio revela ciertos hilos mayores, por decirlo así, que se entrelazan con la madeja variada del material pero que al mismo tiempo van estableciéndose y cobrando fuerza, gracias a las acciones y las intenciones de los personajes principales. Utilizo la palabra « entrelazar » en su común sentido metafórico aplicado a la trama de cualquier narración y también en el sentido técnico otorgado a la palabra por los que se han dedicado al estudio de las novelas francesas de asunto artúrico, las cuales, como se sabe, forman la fuente del material básico del *Amadis*. Así, por ejemplo, en el Libro I de nuestra novela (y después de contar con debida brevedad los amores de los padres de Amadís y el nacimiento de éste), el narrador consigue relatar al mismo tiempo las aventuras de su héroe con las de sus hermanos Galaor y Florestán y de Agrajes, los amores de Amadís y Oriana, los planes del rey Lisuarte, así como las primeras revelaciones proféticas de la magia benévola de Urganda la Desconocida y las primeras maldades del mago malévolo, Arcaláus. El autor entrelaza todo este material, al parecer enmarañado, echando mano del recurso narrativo de interrupciones claramente advertidas al lector, con fórmulas tales como estas : « Aquí dexa el autor de contar desto y torna la historia a hablar de Galaor... » ; « Quedará por contar lo que Arcaláus hizo » ; « Según adelante se contará » ; « Mas agora os contaremos lo que a esta sazón aconteció », etc. (Aquí no puedo dejar de hacer un tributo al magistral trabajo sobre estas y otras facetas de la estructura del *Amadis*, por nuestra apreciada colega Frida Weber de Kurlat de Buenos Aires, quien en efecto nos ha dejado un muy valioso y fino análisis de la composición intrínseca de la novela y de sus deudas con la épica y la historiografía medievales ; nadie que estudie el *Amadis* dejará de agradecer a esta erudita investigadora una aportación de excepcional interés a nuestra comprensión crítica y nuestro gusto por el *Amadis*.)

Pues bien, estos incidentes y estas series de incidentes del Libro I del *Amadís* no llegan a confundir al lector a pesar de su repetición y la complejidad resultante de la trama de la novela, porque el autor se esfuerza por demostrar, también con repetidos hitos y recuerdos narrativos, que su relato desde el comienzo irá acompañado de comentarios explicativos de su sentido moral y simbólico, y que la misma narración avanza hacia el punto culminante de la muy esperada y prestigiosa reunión de caballeros y damas en Londres convocada por el rey Lisuarte (cuya fama quedará empañada durante algún tiempo por sus actos de dureza y terquedad), y finalmente, que el héroe principal se ve dominado, desde su primer encuentro con su amada, por un amor incontrastable y tiránico que le dicta las acciones y las reacciones. Así, desde los primeros capítulos del *Amadís* la narración está gobernada por móviles ideológicos y psicológicos que le ponen cierto orden y determinan su progreso (el *Amadís* recuerda sólo muy remotamente el antiguo *Lanzarote* francés en el uso de comentarios o advertencias a la narración). De esta manera se puede afirmar que el *Amadís*, por lo menos tal como nos lo ha dejado Montalvo en su edición de 1508, revela un planeamiento estructural que le acerca a la estética neo-aristotélica de tiempos modernos, con un desarrollo progresivo y una firme conclusión, y se aleja de las normas narrativas medievales ya que éstas, al utilizar el entrelazamiento, creaban otro tipo de unidad que depende por su atracción de otras relaciones que las dictadas por la subordinación de lo secundario a lo principal. Hay que admitir sin embargo que el *Amadís* no responde del todo a la primera de estas categorías generales, puesto que, al llegar a la derrota de los romanos de Salustanquidio y a la liberación de Oriana y su recogida en la Insola Firme (todo lo cual puede verse como un fin natural), el autor, recordando el nunca-acabar de los antiguos relatos bretones, permite la continuación formada por las tentativas de venganza hechas por Lisuarte y la consiguiente salvación de éste por Amadís y los esponsales y las reconciliaciones finales. Además de esto, Montalvo sólo pone fin definitivo al *Amadís*, después de otras aventuras prolongadas y con la desaparición de Esplandián y los primeros vaticinios de su fama que eclipsará la de su padre, aunque esto último va a ocurrir en otro libro, las *Sergas*.

En esta ponencia quisiera ilustrar las afirmaciones susodichas acerca de las líneas directrices del relato del *Amadís*, invitándoles a Vds a volver a mirar el texto para considerar unos aspectos interdependientes de esta obra de gran extensión y de inacabable interés para el interesado lector de la primitiva novelística europea.

En cuanto a los comentarios del autor que se insertan en el relato polifacético desde muy temprano, y que forman glosas sobre la

conducta de los personajes y sobre su porvenir espiritual, pronto damos con el primero (en el capítulo 13 del Libro I), cuando el fracasado encuentro entre Amadís y el orgulloso Dardán encerrado en su castillo : aquí el autor se dirige a los soberbios advirtiéndoles que Dios les castigará y recuerda al mismo lector los casos de Nemrot, Lucifer y Hércules, añadiendo que su relato ejemplificará más adelante el destino y el fin de otro, el mismo Dardán. En el capítulo 25 se nos presentará el más conocido ejemplo de la prisión aunque de poca duración de Lisuarte por Arcaláus, cuando el autor reflexiona sobre la caída de un monarca de tal virtud y sobre la condena eterna de los malos. También (capítulo 42), después de la muerte de otro tirano y asesino, Abíseos, rey de Sobradisa y tío de Briolanja, el autor se dirige a los codiciosos, en un discurso amonestador o más bien sermón (él en efecto lo llama « consiliaria »), sobre los abusos del poder, en que al contrario cita ejemplos de dedicación y servicio a Dios tales como los Reyes Católicos (recuérdese que Montalvo había elogiado a éstos en el prólogo al Libro I), y en que ruega a los señores que tomen ejemplo en el terrible fin de Abíseos y sus hijos. Estas intervenciones meditativas y pausas retóricas (en nada características del primitivo material bretón) se repiten en los otros libros del *Amadís* y llegan a formar un elemento sistemático según avanza la novela : hay por ejemplo 7 en cada uno de los Libros II y III y hasta 12 en el IV. Así se ha creído que se puede ver la mano de Montalvo como autor renovador del antiguo material del *Amadís* ; en efecto también hay razones (incluso el número crecido de intervenciones de autor) por aseverar que el Libro IV es en gran parte obra original del Regidor de Medina. Veamos otros ejemplos de estos comentarios que siguen glosando los incidentes más importantes del *Amadís*. En los capítulos 44, 48 y 56, del Libro II, el autor comenta primero el punto culminante de la fortuna de Amadís con la posesión de la Insola Firme, es decir antes de que se produzcan los efectos tristes de los celos de Oriana, y concluye que el hombre con todas sus flaquezas sólo puede esperar alivio con la ayuda de Dios. Luego el autor pasa a reflexionar sobre la necedad de Amadís cuando se deja caer en un estado de depresión desesperada cercana a la locura ocasionada por su reacción al enojo de Oriana, pero más tarde formula juicios sobre la falta de confianza debida a las intenciones humanas en contraste con la voluntad divina, lo cual se refleja en la restauración de Amadís a la estima de que gozaba antes. En la última parte del Libro II el autor hace comentarios tres veces sobre la mayor crisis del *Amadís*, la que produce las peripecias de los Libros II-IV, es decir el orgullo de Lisuarte (antes prototipo de buen monarca). Primero se lamenta el desperdicio que incluso los más virtuosos hacen de la gracia de Dios, cuando nuestro rey de la Gran Bretaña presta

oídos a los maliciosos y envidiosos cortesanos Brocadán y Gandandel que le hacen oponerse a la razonable propuesta de Amadís a favor de Madasima y Galvanes y por consiguiente ocasionan el exilio de Amadís; esta rotura, de que nacen casi todos los incidentes en lo que queda de la novela, es comentada dos veces más por el autor, que se dirige a todos los gobernantes para que miren bien los consejos que reciben de los suyos. El Libro III sigue recalcando la lección que hay que tomar de las aventuras: así, en el capítulo 65, la justicia de Dios se revela en el caso del gigante Madarque, vencido por Amadís y hecho buen cristiano, a diferencia de su hermana Andandona, la cual perece a manos de Gandalín, escudero de Amadís; otro caso de feliz y virtuoso fin de combate se da con el caritativo perdón que da Lisuarte a Galvanes y Madasima después de que les vence en batalla (capítulo 67); la crianza azarosa de Esplandián es comentada con cierta extrañeza por el autor (capítulo 71), aunque admite que la crianza normal de niños reales puede parar en la desgracia; luego pasa a darnos un buen ejemplo del príncipe bien criado que termina en el orgullo y el abandono, es decir El Patín (apodo algo improbable para semejante personaje), emperador de Roma (capítulo 74), con otra reflexión sobre la caída peligrosa de un buen príncipe, Lisuarte (capítulo 80); el libro casi termina en el capítulo 80 en que se nos ofrece un comentario sobre el buen vasallo Grumedán que a pesar de todo se mantiene fiel a su señor, el rey Lisuarte. En el Libro IV el comentario viene a ser un recurso bastante más frecuente: por ejemplo, en el prólogo Montalvo subraya la importancia del papel de Esplandián (llamado « católico y virtuoso príncipe ») para este libro, sobre todo como sucesor de su padre como caballero y rey cristiano. Luego sigue de cerca la acción del libro comentando la continuada testarudez de Lisuarte (capítulos 83 y 111), cuando éste prosigue con el matrimonio injusto de Oriana con El Patín y cuando es autor de la gran matanza y destrucción que resultan de la gran batalla con los romanos; este combate por lo menos tiene sus paliativos morales, ya que (en el capítulo 87) se comenta la desinteresada lealtad prestada por muchos caballeros a Oriana cuando ésta se encuentra en el campo hostil a su padre, el de Amadís, y más tarde (en el capítulo 116) se reflexiona sobre lo realmente inmerecida que es la salvación de Lisuarte por Amadís en la ciudad de Lubaina, cuando el rey ya está casi a punto de muerte como resultado del ataque malvado contra él hecho por Arábigo y Arcaláus. En lo que queda del Libro IV, los comentarios reflejan lo armonioso y lo afortunado del desenlace: así en el capítulo 117 se nos ofrece un comentario sobre el triunfo de un hombre bueno, a saber Arquisil, nuevo emperador de Roma, que forma gran contraste con su predecesor malo, El Patín; otra reflexión versa sobre el muy

trillado asunto de los amores puros de Amadís y Oriana y del buen ejemplo moral que constituyen (capítulo 130), y en el mismo capítulo el autor comenta el caso de heroicidad ejemplar presentado por Galaor (ahora rey y marido de Briolanja), que quiere volver a tomar armas una vez repuesto de su larga enfermedad ; finalmente el autor (en el capítulo 133) medita sobre la gran fortuna de que goza el rey Lisuarte, aun cuando ha sido arrebatado misteriosamente por sus enemigos, porque todos sus vasallos acuden a la Insola Firme y se ofrecen a ir en su búsqueda. Fácil es llegar a una conclusión sobre este material ilustrativo de la narración : el autor (o Montalvo) quiere subrayar la significación de una conducta moral basada en una fe en la bondad de Dios y aplica su lección a los que para él más claramente interpretan esta responsabilidad religiosa, a saber, los gobernantes y los poderosos. Así se ve que nuestra novela tiene un fundamento explícitamente cristiano.

Otro aspecto del *Amadís* que revela sus básicos valores sociales y que va informando muchos episodios es el papel incontestable de la monarquía (y se verá que este aspecto ya ha merecido más de un comentario del autor). En el Libro I como sabemos todos, y después de bastantes peripecias, incluso el encantamiento de Amadís por Arcaláus, los incidentes vienen a parar en la famosa reunión en la corte de Lisuarte en Londres, y en un movimiento convergente, según la frase de la Dra. Weber. Como destacado ejemplo de la importancia de la monarquía como institución y foco de la sociedad del *Amadís* (reflejando el papel que tiene la monarquía en los antiguos poemas bretones), esta reunión va seguida en el mismo Libro I por la prisión de Lisuarte y su compañía por Arcaláus y por su liberación conseguida por Amadís ; luego estos violentos incidentes dejan paso a la celebración de las cortes en Londres, ceremonia que dura unos doce días. A su vez (y en el capítulo 40) vienen los incidentes relativos a la reina Briolanja y Amadís que han causado tanta y tan larga discusión sobre la fecha de composición del *Amadís*. En cuanto al papel de la monarquía en el resto de la novela (y su simbolismo como fuente de valores sociales y religiosos), el Libro II nos presenta con la gran crisis creada por el orgullo y la testarudez de Lisuarte (incidente como hemos visto comentado por el autor) que se deja persuadir por las malas lenguas de los cortesanos celosos, Brocadán y Gandanel, causando así el exilio o abandono del servicio del rey por Amadís, y el traslado de éste a la Insola Firme, refugio al parecer físico y moral para el héroe. Esta isla jugará un importante papel en los Libros III y IV (en efecto la creciente significación de las islas en general en el *Amadís* ofrece uno de sus especiales encantos narrativos, y desde luego, nos recuerda la ínsula muy diferente de Sancho Panza). A pesar de este innecesario rompimiento con Amadís y la

oposición a Madasima y Galvanes, se descubre en esta parte de la novela cómo el rey es todavía digno del servicio de Galaor, hermano de Amadís, e incluso de éste y su padre que van a la Gran Bretaña a luchar por Lisuarte en la primera guerra contra Arábigo y Arcaláus. Es decir, se sobreentiende que la afrenta sufrida por Amadís le importa menos que su respeto a la monarquía y su representante amenazado. Al mismo tiempo hay que decir también que la flaqueza moral de Lisuarte constituye un elemento esencial para el desarrollo narrativo de la novela. Como compensación, Lisuarte se muestra benigno como rey cuando acoge generosamente al niño Esplandián, hallado por pura casualidad en la selva y bajo la tutela del ermitaño Nasciano, y le lleva a la corte donde le entrega a su propia madre Oriana quien le criará como hijo suyo que es. Otros ejemplos de servicio a la monarquía se encuentran en las aventuras de Amadís en su otro « exilio » al extranjero, cuando ayuda al rey Trafínor de Bohemia contra el orgulloso emperador de Roma, El Patín (recuérdese que éste es también el novio no deseado de Oriana), y cuando liberta al señorío de Grasinda (sobrina de Trafínor) del temible Endriago; y no hay que hablar de la gran recepción y homenaje tributados a Amadís y sus compañeros por el buen emperador de Constantinopla. En lo que queda del *Amadís*, es decir parte del Libro III y el IV, la monarquía se enfrenta con otra crisis aun mayor, producida otra vez por el orgullo de dos reyes, Lisuarte y su ambicioso aliado El Patín (parece ser que los verdaderos enemigos de la institución son a veces sus representantes más prestigiosos, pero el autor ya nos ha hecho ver esta ironía moral). En esta crisis, la final y la más peligrosa, se funden dos de las corrientes más profundas de la novela, el amor entre Amadís y Oriana, que se ve mortalmente amenazado por el proyectado matrimonio de ella y El Patín (aquí Lisuarte sacrifica la voluntad de su hija a la pura conveniencia social y de prestigio), por un lado, y el respeto a la monarquía, por el otro. Aquí ésta está sometida a grandes tensiones por la al parecer inflexible actitud de Lisuarte que recibe a Salustanquidio, representante de El Patín, y a su hueste al venir ellos a Inglaterra a llevar a Oriana a Roma; el rey de la Gran Bretaña y su trono se hallan en aun mayor apuro cuando Amadís y los suyos vencen a los romanos en la batalla naval, y cuando con la muerte del representante imperial pueden aquéllos rescatar a Oriana que se va con sus damas a la seguridad de la Insola Firme. Menéndez y Pelayo ha dicho, y con razón (y lo mismo se ha sugerido arriba), que el Libro III llega a lo que debe ser la coronación del *Amadís*, pero el hecho es que Montalvo lo ha continuado agregando la última lucha que pone a las claras el corazón psicológico de la novela. A pesar de todas las razones alegadas en contra del matrimonio con El Patín (el cual iba

a tener como consecuencia el declarar como heredera de la Gran Bretaña a la hija menor de Lisuarte, Leonoreta, la de la canción), y este enlace algo innatural era opuesto por la reina Brisena, por el leal Galaor y por otros consejeros del rey, éste al final permanece impassible y prosigue con una política desastrosa, enviando a Roma para pedir la ayuda de El Patín contra Amadís. Esta destructora guerra entre Lisuarte y sus aliados orgullosos por un lado y Amadís y los protectores de Oriana por el otro (ambos contrincantes solicitan el apoyo de aliados venidos desde muy lejos), sirve sin embargo para recordar explícitamente al lector algunas de las grandes cualidades morales del héroe. Así, después de matado El Patín y vencidos los otros romanos, Amadís demuestra su gran humanidad y su gran amor por Oriana poniendo fin a la horrible carnicería de la batalla con una tregua para enterrar a los muertos y curar a los heridos; además, antes del combate él había expresado semejantes sentimientos de respeto evitando un encuentro con Lisuarte. Aun más, Amadís envía a su nuevo embajador, el religioso Nasciano, quien persuade al fin a Lisuarte a que abandone su campaña vengativa y a que reconozca a su hija como esposa de Amadís. Luego tenemos la verdadera coronación del *Amadís*, con la confesión por Lisuarte de sus errores, con su reconocimiento de Amadís y Oriana como sus herederos, y con la serie triunfante de los diferentes matrimonios (celebrados por Nasciano, símbolo de la iglesia, y que recuerdan el final feliz de muchas otras narraciones y dramas), enlaces que en sí subrayan lo importante de la sociedad feudal y sus fundamentos. Pero esta prolongación de la narración no termina aquí sino que el rey se encuentra expuesto a dos aprietos más. El primero de éstos casi resulta mortal cuando Lisuarte, de camino a su pueblo de Lubaina, es atacado por segunda vez por Arábigo y Arcaláus y es salvado gracias a la intervención de su nieto Esplandián que hace llegar a Amadís la noticia del cerco del pueblo y del agotamiento de las fuerzas de Lisuarte, quien al fin merece otro rescate por nuestro héroe con la derrota de los dos reyes malvados. La novela, como se sabe, termina no terminando, es decir con la desaparición de Lisuarte arrebatado por enemigos desconocidos: ante esta amenaza final a la monarquía todos se ofrecen a ir a buscar al rey y el autor nos deja con el asunto en el aire pero con la indicación de que Amadís va a ser seguido por Esplandián a quien Urganda elige, arrebatando a él también, como el nuevo campeón y defensor del orden establecido. Con esta ojeada al tema de lo monárquico, por decirlo así, se puede llegar a apreciar hasta qué punto la novela constituye una alabanza a una institución que simbolizaba el antiguo régimen europeo, y cómo estaba a prueba de todos los ataques que se le hicieron. Montalvo nos presenta un mundo que sale ileso de todas sus crisis

morales debido a la gran antigüedad de la monarquía y al respeto de que siempre gozaba. Todo este material, claro está, se nos ofrece mediante los recursos de la novelística que entre otras cosas utiliza las verdades psicológicas de la naturaleza humana, y en este caso sobre todo la propensión del hombre a la envidia y al orgullo y aun más a la auto-destrucción (hemos visto arriba cómo la monarquía a veces tiene que enfrentarse con su más peligroso enemigo, el propio representante de la institución).

Para terminar estas pocas consideraciones acerca de la interrelación del contenido y de las estructuras del *Amadís*, quisiera abordar otra vez, como lo han hecho muchos críticos, el tema del amor, el cual se puede decir que más que ningún otro elemento básico sintetiza la novela (hablo aquí sólo del de Amadís y Oriana y excluyo los otros casos variados de la pasión en el *Amadís*). Claro que el amor se relaciona estrechamente por ejemplo con las virtudes caballerescas y los valores morales, como ya hemos visto, tan desarrollados en el *Amadís*. El héroe nuestro, así como Tirant (en la gran novela catalana que lleva su nombre, y ellos dos como su predecesor lejano, Lanzarote) pronto experimenta el trauma psíquico del amor a primera vista que le deja cambiado y le produce un sesgo espiritual que en lo futuro afectará todas sus acciones. Como se ha notado muchas veces, el amor para Amadís es a la vez una pasión y una dedicación casta que termina con el matrimonio (se han dejado aquí muy atrás los amores adúlteros de Lanzarote y Ginebra).

Una vez conocidos amorosamente Amadís y Oriana (para utilizar un término de la poesía cancioneril), en el capítulo 4, Amadís se siente varias veces o en estado de desmayo o distraído hasta el punto de que se olvida (como pasaba con Lanzarote) de lo que le rodea. Por primera vez (capítulo 14) el fiel Gandalín intercede por él con Oriana, quien manda a Amadís que venga a hablar con ella por la ventana del palacio (aquí un recuerdo de Tristán). Cuando Arcaláus hace circular el falso rumor de la muerte de Amadís, Oriana padece su primer gran dolor de amada (capítulo 20). Siguen otros encuentros en que los dos renuevan sus votos y Amadís declara que está dispuesto a morir por ella (capítulo 33), y poco después (capítulo 35) Amadís y Oriana consuman su amor por mutua decisión y con la afirmación de que no lo consideran acto pecaminoso (aquí nuestro autor nos hace ver que se trata de otro caso del matrimonio secreto, como también lo va a advertir Oriana a Nasciano (capítulo 71), cuando le revela su amor por Amadís y le dice que Esplandián es su hijo). Este intenso amor da con su primer escollo en la pasión de la reina Briolanja por Amadís (capítulos 40-42), y los rabiosos celos producidos en Oriana (la misma Briolanja sin embargo reconoce pronto la inquebrantable lealtad de Amadís). En el Libro II



(es decir una vez narrada la toma de la Insola Firme por Amadís que vence las pruebas como leal amador), esta crisis llega a su punto culminante con la carta acusadora de Oriana a Amadís (capítulo 44), y el exilio voluntario de éste, tras su dolor aplanador y el abandono de todos sus planes, a la Peña Pobre (capítulo 45), decisión que va a dominar gran parte de este libro. Así el autor describe el decaimiento psicológico y físico del héroe (capítulos 48, 51 y 52), y el penoso remordimiento de Oriana que reconoce su error y a su vez sale de la sociedad, y se va a Miraflores (capítulos 49, 53). El sostenido drama de este rompimiento de los dos amantes llega a otra crisis cuando por fin se encuentran en el jardín de Oriana para reanudar su éxtasis erótico, y cuando, disfrazados para los demás, ellos ganan las pruebas de leales amantes con los galardones de la verde espada y el tocado de flores traídos por Macandón (capítulo 56), y cuando Oriana y Briolanja llegan a conocerse bien y así se disipan los celos de aquélla (capítulo 58). Más tarde el amor colma de alegría a Oriana cuando se encuentra embarazada (capítulo 65), y luego cuando da a luz a Esplandián (capítulo 66) : sin embargo, Amadís padece otra separación cuando deja la corte de Lisuarte y se retira a Gaula y más tarde a Bohemia y Constantinopla, donde a veces su amor frustrado casi le desquicia haciéndole olvidar su servicio al rey Trafinor (capítulos 68 y 70). Los dos papeles complementarios de héroe y amante se funden de modo memorable en el más espantoso de los muchos encuentros sangrientos de Amadís, es decir el con el monstruoso Endriago (capítulo 73), cuando el héroe se encomienda a su señora al emprender una batalla al parecer tan desigual y de fin tan dudoso. Por fin su ausencia de cinco años estimula su vuelta a Oriana (capítulos 75 y 78). Ya hemos considerado arriba los detalles del proyectado matrimonio de Oriana y El Patín y las dos campañas con los romanos : aquí nos contentaremos con decir que toda esta sección de la novela también representa el triunfo final del amor de Amadís y Oriana, es decir después de sufridas las sucesivas separaciones y frustraciones y sobretodo después de resistidos los planes de Lisuarte, esto último un sufrimiento de Oriana parecido a las penas experimentadas por Amadís en sus viajes. Otra espera (la causada por la campaña con El Patín) recibe su premio final con el reconocimiento por Lisuarte, el matrimonio público de los dos amantes (capítulo 118) y la última venida de Urganda y su profecía del glorioso futuro de Esplandián, así como los otros casamientos también mencionados arriba (capítulos 125 y 126). Este hilo director que es el amor que transforma y gobierna todo lo hecho por Amadís y Oriana durante la novela entera también recibe, casi al final, su debido comentario del autor (capítulo 130 ; también véase arriba), quien lo ve como ejemplo moral de la pasión que ennoblece los

deseos y ensalza las acciones (desde luego, uno no debe olvidar el papel en conseguir este triunfo del bien y de la virtud del santo ermitaño Nasciano).

Así las relaciones eróticas de Amadís y Oriana constituyen un caso clásico del amor (con todos sus altibajos) en la vida y en la literatura. Además el amor y el respeto a la monarquía se dan la mano para formar el desenlace de la narración y se funden para articular la ideología básica del *Amadís*. No se puede decir que Montalvo haya sabido ordenar perfectamente su material desbordante, ya que como dijimos al principio las últimas aventuras de Amadís y los anuncios de la carrera aún no comenzada de Esplandián forman aún otra prolongación de la novela que en efecto no termina del todo. Sin embargo espero haberles persuadido a Vds. de que en efecto el *Amadís* tiene su plan estructural compacto y ascensional que por medio de una serie de crisis de la voluntad y la conducta humana (comentadas por el mismo autor) nos presenta a personajes de carne y hueso, a la manera novelística moderna. Así Montalvo consiguió crear su propia forma de entrelazamiento, superando con genial originalidad sus antiguos modelos celtas y franceses.

FRANK W. PIERCE

*Universidad de Sheffield*